

El “mucho tiempo”

Por Horatius Bonar (1808-1889)

El mismo Señor Jesús nos ha dado estas palabras en una de Sus parábolas: «Después de mucho tiempo vino el señor de aquellos siervos, y arregló cuentas con ellos» (Mat. 25:19). De este modo, mientras en un pasaje habla de «un poco de tiempo», en otro habla de «mucho tiempo». Poco, pero grande; corto, pero largo; ambos son ciertos; y esta doble expresión es la que compone todo el carácter de la condición del hombre aquí mientras se prepara para el gran día del Señor. Desde el día en que el Maestro dejó la tierra y ascendió al Padre, hasta el día en que venga de nuevo en Su gloria para sentarse en el temible trono, ante el cual serán reunidas todas las naciones, es, en un sentido, mucho tiempo, tal como los hombres cuentan los años y las edades. Pero, en otro sentido, no es más que un poco de tiempo, si contamos el tiempo como Dios lo cuenta, y lo comparamos con la vasta eternidad en la que será absorbido.

La vida es un vapor, y eso es poco; la vida es un viaje, y eso es largo. La vida es un tramo, y eso es poco; la vida es un período hecho de muchos días, semanas, meses y años, y eso es largo. La vida es una parada, y eso es rápido; la vida es una peregrinación, y eso es lento. La vida es como el águila que se apresura hacia su presa; la vida es un tiempo de peregrinaje. La vida es una lanzadera de tejedor; la vida son ochenta años, y antes eran casi mil.

Para algunos propósitos un día es un tiempo corto, mientras que para otros es un tiempo largo. En algunas circunstancias, un año es un tiempo corto, mientras que en otras es un tiempo muy largo. Depende mucho de lo que haya que hacer en ese período, y nuestras ideas de largo y corto, en tales casos, están influenciadas por la cantidad de trabajo que hay que realizar.

—*Parecía una eternidad* —dijo un viajero entre los Alpes, quien se encontraba herido por una caída en una profunda grieta de hielo— *antes de que mis guías volvieran de la aldea con sogas para rescatarme*. Sin embargo, solo habían pasado dos horas. Pero él no había medido el tiempo por momentos o minutos, sino por sus sufrimientos y el peligro [que corría].

Cuenta una señora la siguiente historia acerca de un viejo campesino alemán que visitaba. Él tenía un pequeño jardín en el que había unos cuantos manzanos cubiertos de frutos. Se divertía diariamente paseando por su jardín y recogiendo las manzanas que caían. Un día, la señora se encontró con él mientras estaba ocupado.

—*¿No te cansas, amigo mío,* —dijo ella— *al agacharte tan a menudo?*

—*No, no,* —dijo él, sonriendo, y ofreciendo un puñado de frutas maduras.

—*No me canso, —y añadió— solo espero, espero. Creo que estoy madurando ahora, y pronto debo caer; entonces el Señor me recogerá. Oh, —dijo él, hablando con seriedad a la dama— eres joven todavía, apenas en flor; vuélvete bien hacia el Sol de Justicia, para que madures bien.*

Aquí se hallaba el «mucho tiempo» que toma el crecimiento y la maduración; no mucho en un sentido, pero largo en otro; lo suficiente para crecer y crecer; lo suficiente para madurar y madurar. Es de este «mucho tiempo» del que nos habla el Señor en esta parábola de los siervos.

El poeta italiano, encarcelado cruelmente en una oscura celda, es representado pronunciando estas dolorosas palabras: «Largos años, largos años». Porque así le parecían en su triste soledad. Y en un sentido similar usamos a menudo las palabras «todo el día», «toda la noche», y también «todo un largo año»; así la palabra «mucho» ha adquirido un significado peculiar, expresando no solo la cantidad real de tiempo, sino también el número de acontecimientos que se han acumulado en el período, como si las pruebas por las que se pasa hubieran alargado el tiempo.

Es hacia este sentido solemne de la expresión «después de mucho tiempo» al que dirigimos ahora el pensamiento del lector. Queremos hacerle sentir la responsabilidad que recae sobre todo hombre por el «mucho tiempo» que Dios nos da para prepararnos para la eternidad que se avecina.

Dios no tomará a nadie por sorpresa. Es demasiado justo y demasiado piadoso como para hacerlo. Él advierte antes de actuar; es más, da mil advertencias, incluso durante la vida más corta. Cada día está hecho de advertencias, demasiado claras para ser malinterpretadas y demasiado fuertes para no ser escuchadas. En el gran día del Juicio final, nadie podrá decir: —*No me avisaron de lo que iba a suceder; me apresuraron a ir al tribunal sin avisarme ni darme tiempo para prepararme.* Un timonel que dirige su barco por las rocas al mediodía con sus ojos abiertos para ver los acantilados y sus oídos atentos para escuchar las olas no tiene excusa. En St. Abb's Head, en la costa este de Escocia, muchas embarcaciones han naufragado en el pasado cuando el fuerte viento del este procedente del océano alemán las llevó contra la peligrosa costa de sotavento.¹

Hace algunos años se construyó un faro y se instaló una curiosa «sirena de niebla» cuyo sonido de advertencia se oye a kilómetros de distancia cuando hay niebla, ya sea de día o de noche. Ningún timonel que naufrague en estas terribles rocas puede decir ahora: —*No me avisaron de que estaban tan cerca,* porque en las noches claras la luz del faro brilla para avisarle del peligro, y en la espesa niebla gris la «sirena de niebla» suena con su ronca nota para decir: ¡Cuidado! Así también, la luz y la voz del Cielo advierten perpetuamente a los hijos de los hombres y les dicen: —*Prepárate para encontrarte con tu Dios.* ¡Muchas son las advertencias de un día o de una semana!; ¡muchas más son las

¹ Nota de los traductores: *sotavento* – «La parte opuesta a aquella de donde viene el viento con respecto a un punto o lugar determinado» (*Diccionario de la lengua española*, 23.ª ed., [Madrid, España: Real Academia Española, 2014]).

de un año!; ¡innumerables son las de toda una vida! Ningún hombre podrá decir que pereció desprevenido, o que Dios lo tomó por sorpresa.

La «sirena de niebla» que da su sonido a través de la neblina suena de forma angustiosa, y parece la voz de alguien que grita en el desierto: «Huye de la ira que vendrá»; «[a]rrepiéntete, arrepiéntete»; «[v]uélvete, vuélvete, pues ¿por qué habrías de morir?». Así Dios nos llama cada día en voz alta, y nos señala desde las rocas el puerto seguro en Jesucristo nuestro Señor, el único puerto que ninguna tormenta puede alcanzar.

Dios nos da tiempo suficiente para volvernos y vivir. Cuando un maestro le asigna a su alumno una tarea de unas cuantas páginas y le dice: —*Te doy una semana para que la hagas*, le concede «mucho tiempo», pues la tarea podría hacerse en una hora. Entonces, cuando Dios dice: «Buscadme y viviréis» (Amó. 5:4), o «Conoced ahora a Dios y estad en paz» (Job 22:21), y nos da toda una vida para ello, nos está dando «mucho tiempo». Nos demoramos, nos retrasamos, y holgazaneamos; de modo que pasa un año tras otro, y no estamos más cerca de Dios que al principio. Pero nuestras demoras no cambian a lo largo del tiempo. Lo convertimos en algo corto por nuestra insensatez; pero en realidad fue largo para lo que había que hacer: el único paso que debía llevarnos a Cristo y colocarnos bajo la sombra de Su cruz. Para eso hubo tiempo suficiente, incluso en la vida más corta; de modo que nadie puede decir al final: —*No me dieron tiempo para prepararme para la eternidad, y me precipité a la tumba sin tiempo para buscar al Señor*. «Le he dado tiempo para arrepentirse» (Apo. 2:21) son las palabras de advertencia dirigidas a los pecadores de Tiatira; y Él nos dice las mismas palabras. El mensaje sigue siendo: ¡Todavía hay tiempo para arrepentirse! «Arrepiéntete» es la esencia de la exhortación, y Dios añade: —*¡Te doy margen para arrepentirte!*

Este «mucho tiempo» es de larga duración. «El Señor es muy compasivo, y misericordioso» (Stg. 5:11). Él perdona perpetuamente; anhela al pecador; le suplica con toda la seriedad y sinceridad de Dios que se reconcilie con Él. Sobrelleva los rechazos, insultos y provocaciones, el odio, el desprecio y la frialdad sin azotar al que rechaza Su amor, y sin vengarse de Sus enemigos. Él «no se irrita», sino que «todo lo sufre, [...] todo lo soporta», «[n]o queriendo que ninguno perezca, sino que todos vengan al arrepentimiento» (2 Ped. 3:9). Él renueva cada día Su oferta de perdón, con una longanimidad que parece no conocer límites, y con una profunda sinceridad que es capaz de ganar al más obstinado y desconfiado de los hijos de los hombres. «Considerad la paciencia de nuestro Señor como salvación», ¡pues nada menos que a la salvación apunta esta longanimidad! «¿Por qué habéis de morir?» —es la pregunta urgente de Dios al pecador negligente— *¿No te he dado tiempo suficiente para buscar y encontrar la vida eterna? ¿No te estoy suplicando seriamente que te reconcilies Conmigo?*

Este «mucho tiempo» es la oportunidad del hombre. ¿Se puede encontrar el perdón? ¡Ahora es el momento! ¿Se puede obtener la vida eterna? ¡Ahora es el momento! ¿Hay que ganar el Cielo? ¡Ahora es el momento! ¿Hay que entrar por la puerta estrecha y seguir

el camino angosto? ¡Ahora es el momento! ¿Hay que salvar el alma inmortal, recibir una corona y poseer un Reino? ¡Ahora es el momento! ¿Hay que romper las cadenas, huir de la prisión, cambiar las tinieblas por la luz y evitar el dolor eterno? ¡Ahora es el momento! ¡Esta es tu oportunidad, oh hombre! ¡Aprovéchala y utilízala antes de que desaparezca para siempre! Hay peligro por todas partes; el infierno está tendiendo sus trampas; la tormenta se está formando; pero todavía hay tiempo. Todo el Cielo brilla a lo lejos, a la vista de todos; la puerta está tan abierta como el amor de Dios puede abrirla; el Hijo de Dios te llama; los ángeles te invitan a entrar; los embajadores terrenales te suplican; ahora es tu oportunidad; ¿la dejarás escapar? ¿Es tan poca cosa perder el Cielo, tu alma y la alegría eterna? ¡Oh, hombre, no te demores!

Este «mucho tiempo» finalmente terminará. El Maestro regresará y llamará a Sus siervos para que rindan cuentas de la forma en que han empleado el tiempo y han utilizado los dones. El año aceptable del Señor terminará con el día del Juicio; y esa venganza será real, porque es la venganza de Dios. El «mucho tiempo» que se nos concede aquí a fin de que nos preparemos para el gran día de dar cuentas no será nada comparado con el tiempo mucho más largo de la eternidad infinita, una eternidad de oscuridad cada vez más profunda, o de gloria cada vez más gloriosa.

Todo esto nos hace hablar con más seriedad, sabiendo lo rápido que está pasando el «mucho tiempo». El tiempo se está acabando, la vida está llegando a su final, el Juez viene; el largo tiempo se desvanecerá en «un poco de tiempo»; el «poco de tiempo» desaparecerá, y comenzarán los siglos eternos. Prepárate para encontrarte con tu Dios. Hace poco tiempo, cuando se hicieron cambios en una iglesia inglesa, se encontró un antiguo púlpito que había permanecido oculto durante muchos años. Estaba bellamente tallado, y alrededor de su parte superior se habían grabado estas palabras en la madera, todavía claramente legibles: «Alza tu voz como trompeta, clama a voz en cuello» (Isa. 58:1). Esto es lo que estamos haciendo en la actualidad, para que todo aquel al que llegue esto sepa el peligro al que se expone si aún no se ha reconciliado con Dios.

¡Hay reconciliación! Este es nuestro mensaje mientras nos situamos bajo la cruz y hablamos a un mundo moribundo. ¡Hay reconciliación por medio de la sangre del sacrificio!; hay paz en el altar donde Dios está de pie para recibir al pecador. El Hijo de Dios ha realizado una obra poderosa sobre la que descansa la reconciliación, y por medio de la cual se ofrece la amistad eterna de Dios al más antiguo y obstinado de los rebeldes de la tierra. Esa palabra supera a todas las demás.

¡Es suficiente! No intentes añadirle ni quitarle nada. Tómala como lo que es; tómala como lo que Dios declara que es, y entra en la paz adquirida. Es una paz justa, edificada sobre la obra terminada del Sustituto. Habla de ese Dios que «justifica al impío», y de esa ofrenda de paz por medio de la cual ha llegado a ser algo justo que el impío sea justificado. Le dice a cada rebelde: Toda esta paz, amistad y perdón llegan a ser la propiedad segura y presente de todo aquel que renuncia a su propia posición por naturaleza —en sí mismo— ante Dios, y consiente en presentarse ante Él sobre la base

de la obra y los sufrimientos de Otro: la obra y los sufrimientos del Verbo hecho carne; de Aquel que, siendo rico, sin embargo por amor a nosotros se hizo pobre, para que por medio de Su pobreza llegáramos a ser ricos (2 Cor. 8:9).



Copyright © 2022 Publicaciones Gracia sobre Gracia. Todos los derechos reservados.

Reimpreso por Chapel Library con permiso.